

nam esses aut frigidus aut calidus (1). ¡Ah!, que se reirán de eso, diciendo, que es ignorancia ó zelo indiscreto del Predicador, que quiere llevar las cosas por extremos, entendiendo la Escritura en cerro, como dicen, y los santos Padres á la letra, quando hablan con frases de oratoria; y con esto cierran las orejas, como áspides, á la verdad, y se obstinan en su temeridad; en tal manera, que llegó á decir San Juan Chrisóstomo, que los Clérigos que llegan á viciarse, son incorregibles (2).

25 Á vista de esto ¿qué tenemos que maravillarnos que esté hoy desestimado el Clericato, vilipendiado nuestro ministerio, y lleno de tinieblas todo el mundo, quando los Sacerdotes, que debieran alumbrarle, están tan alucinados, contentos con una virtud remisa y tibia, y que casi estoy para decir, fuera mejor fuesen descubiertamente escandalosos, ya que no quieran ser verdaderamente espirituales? Porque si fueran abiertamente malos, el peso mismo de sus culpas les hiciera sacudirlas de los hombros: su misma obscuridad les habia de alumbrar para siquiera ver su precipicio; pero esta ociosidad, esta tibieza, esta falta de aplicación á adquirir la sólida virtud en que vive hoy tan gran parte de la Clerecía, sin atender con seriedad á alcanzar la perfeccion propia de su estado, va poniendo á toda la Iglesia de nuestra España en tal corrupción de costumbres, y tal abandono de la virtud sólida, que la considero provocando á nausea al celestial Esposo, y temo la llegue á vomitar, á repudiar, trasladando la fé de nuestro reyno á otro; si sus Ministros no sacudimos de nosotros la tibieza, que habiendo ocupado nuestros corazones, se ha extendido tambien al número mayor de los christianos, dexando obscurecido y afeado aquel sobresaliente esplendor

(1) Apocalyps. cap. 3.

(2) D. Chrysost.

plendor de nuestra santa fé, con que entre todas las naciones brillaban gloriosamente nuestros Españoles.

26 Mas, ¡Oh soberano Padre de las luces! no sea así, no sea así Señor, aunque así lo merezcan nuestras culpas: porque, ¿qué sería entonces de este reyno vuestro, si por la tibieza de nosotros sus Sacerdotes y Ministros, le entregaseis otra vez á la Morisma? No así, vuelvo á decir, Padre de misericordia; encended, sí, en todos vuestros Sacerdotes aquel divino fuego de amor vuestro que consume todos los afectos de la carne, y renovad aquel espíritu principal de vuestra gracia, que no conoce tibieza ni sufre dilaciones en serviros. Arda Señor en ellos esta llama con tanta actividad que pueda deshacer el hielo que tiene aprisionados sus corazones en la tibieza: hacedlo así, siquiera por honor de vuestra misma Esposa la christiana Iglesia, y particularmente de su Clerecía, que se desacredita con Ministros tibios. Inflamad á todos en tanto fervor de vuestra gracia, que puedan encaminar á todos los otros fieles á la gloria.

DIA TERCERO.

DE LOS EXERCICIOS.

CONSIDERACION.

Sobre la pureza de conciencia con que deben llegar al Altar los Sacerdotes.

1 **P**ara todas las funciones de la Iglesia debemos estar santificados sus Ministros: porque en todas obramos cosas santas, altas, y dignas de la mayor pureza; pero en llegando á los Altares á ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa, debiéramos llegar deificados. Quiero decir, santos: no con una santidad

comun á quantos participan el Sér divino por la gracia; sino por tan particular transformacion en Jesu-christo, que pudiésemos decir al Padre Eterno: si hasta aquí he vivido y obrado en algo con mi vida humana, ya Señor, vengo viviendo enteramente la de vuestro Hijo, para que así os sea aceptable el Sacrificio de su Cuerpo y Sangre. Tal debe ser nuestra pureza al celebrar el Santo Sacrificio de la Misa (1).

2 Mas ¡ay de mí, y qué poco que he pensado en esto hasta ahora! Hasta hoy yo he dicho Misa casi cada día, y nunca me he parado á hacer alto sobre lo que hacia. ¡Oh, y qué cuenta tan grande que me espera! Tratemos pues alma mia de prevenirnos ahora para ella, examinando seriamente, lo primero: la preparacion con que hemos celebrado: lo segundo, la devocion, atencion y circunstancias con que hemos acompañado la sagrada accion de celebrar: lo tercero, el modo en que hemos procedido en dar las gracias, despues de celebrado el Santo y tremendo Sacrificio; y lo quarto, el fruto que hemos sacado de tantos y tan fructuosos Sacrificios, para quien los ofrece dignamente. Dios, por su misericordia, me alumbre en consideracion tan necesaria.

PUNTO PRIMERO.

Sobre la preparacion para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa.

3 Considera que el Santo Sacrificio de la Misa es una accion en que por ministerio del Sacerdote se ofrece á su Eterno Padre en el Ara del Altar Christo nuestro Redentor, Dios y Hombre verdadero baxo de las especies de pan y vino consagrado, con la

(1) Vide Concil. Trident. Sess. 22. cap. 1.

debida solemnidad, en honor de su suprema excelencia y dominio. ¡Oh, qué accion tan alta! ¡tan excelente la de decir Misa! ¡la de hacer el Santo Sacrificio, y ofrecer al Padre Eterno la víctima mas apreciable, que es su propio Hijo!

4 Y ¿he reflexionado bien yo hasta ahora la excelencia de esta grande accion? ¿Entendia que es la mas grande y la mas santa que pueden hacer las criaturas? ¿lo he considerado? ¿lo he rumiado para entenderlo á fondo y saber quando decia Misa lo que hacia? ¡Oh, que aunque, como á bulto, y en confuso lo sabia; como no lo meditaba seriamente, puedo decir, que no sabia lo que era decir Misa! Entiéndelo pues, y atiende ahora: Una accion tan alta, un Sacrificio tan santo ¿se podrá hacer bien, sin prepararse muy de antemano para hacerle? ¿Sin pensar despacio lo que se va á hacer? ¿Sin recogerse antes el alma dentro dé sí misma? ¡Oh qué error! Si para ofrecer la copa al Rey Nabucodonosor aquellos jóvenes de sangre régia, no solo habian de estar puros y sin mancha, sino que tres años se habian de instruir y preparar para exercer su ministerio (1): si el sumo Sacerdote de la ley antigua se habia de purificar, preparar, examinar y probar tan menudamente para no morir la única vez que entraba en el *Sancta Sanctorum* cada año (2); ¿te parece que el Sacerdote de la Nueva podrá confiadamente entrar en el Templo cada día, subir al sacrosanto Altar, y ofrecer en él al Padre Eterno el Santo Sacrificio de la Misa sin mas preparacion, mas reflexion, que estar (si lo está) en gracia; y quando mucho, haber rezado los Maytines? ¡Oh, qué necedad! ¡qué temeridad! porque sí, como dice el Espíritu Santo (3),

P 2

(1) Daniel. cap. 1. v. 4.

(2) Exod. cap. 30. v. 14.

(3) Eccli. cap. 18. v. 23.

entrar en el Templo á orar sin prepararse para la oracion, es como tentar á Dios: ¿subir al sacrosanto Altar á ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa sin preparacion, qué será? Será provocar, será irritar á Dios nuestro Señor.

5 Y siendo tan patente y óbio todo esto, ¿cómo he celebrado yo hasta hoy? ¿Con qué preparacion? ¿Con qué exámen he exáminado mi conciencia, para que con aquel bocado santísimo no muriese, acaso, por llegar á comerle indignamente? ¿Con qué reflexiones? ¿Con qué meditaciones he procurado reconciliar en mí la devocion, recoger el pensamiento, y preparar el ánimo á exercer debidamente tan alto ministerio? ¡Ay de mí! ¡ay de mí! ¡ay de mí, que soy el mas inconsiderado de los Sacerdotes! pues yo hasta hoy he celebrado casi sin mas preparacion que estar persuadido, (y acaso vanamente) que estaba en gracia de Dios. Con solo esto me he atrevido casi siempre á celebrar, y muchas veces, ¡ay de mí! acabando de levantarme de la cama, de disponer los negocios de mi casa, de conversar con mis amigos; y aun habiendo pasado por mí la noche antes lo que el rubor no da lugar á pronunciar: así yo miserable me lavaba mas por curiosidad que por religion; iba á la Iglesia aceleradamente, si ya no me detenía á hablar y divertirme á otras cosas muy despacio: me presentaba en la Iglesia de rodillas por costumbre ó mera ceremonia, y sin mirar lo que me hacia, me revestia, y decia Misa sin el menor afecto de piedad ni religion, y aun lo peor es, sin el menor escrupulo.

6 ¿Puedo yo negar, alma mia esto, ó lo podré ocultar el dia de la cuenta al justo Juez? No: no lo puedo, ni debo yo negar. Pues ¿cómo á vista de mi temeridad y mi osadia no muero aquí de asombro? ¿Cómo siquiera no me cubre de rubor el rostro, ver el descaro con que me atrevia á presentar
en

en el Altar? ¿Qué los gentiles mas desalumbrados para ofrecer sus sacrificios supersticiosos á las piedras, se preparaban de antemano y procuraban conciliar la devocion en sí, y en todo el pueblo con extraordinarias ceremonias (1): y yo me atrevo á ofrecer al Padre Eterno y verdadero Dios el Sacrificio de su propio Hijo con menos preparacion que unos gentiles! ¡unos bárbaros! ¡unos idiotas! ¡Oh ceguedad monstruosa en la que yo he vivido! ¿Qué es esto que he hecho yo, Dios mio? ¿En qué sueño? ¿En qué letargo estaba? Porque á estar despierto ¿cómo pudiera ser yo tan temerario? ¿Cómo pudiera llegar á tanto mi osadia?

7 Cierito Señor, que si no sintiera tan firme mi corazon en creer las verdades de vuestra santa Fé, pensaria que la habia perdido. Mas no Dios mio, no, no he perdido tal por vuestra gracia. Firme Señor estoy en ella; pero no puedo dexar de conocer que la he dexado resfriar en mí, y que en mí se verifica lo que decia David (2): *Diminutæ sunt veritates à filiis hominum.* Me ha disminuido el conocimiento de la verdad, de la alteza de la accion sagrada que hago quando digo Misa, mi misma temeridad, mi vanidad, mi ociosidad. La sumersion de ánimo en los negocios temporales, el cuidado excesivo de mi hacienda, y las aficiones terrenas á que estoy asido, se han apoderado de mí corazon, mi entendimiento y mi memoria en modo, que me han dexado casi ciego; y así no veía quando iba á decir Misa lo que iba á hacer: mas ya que vuestra luz me descubre ahora este mi engaño, esta ceguera en que he vivido, propongo desde ahora Señor, con vuestra gracia desprender mi corazon, apartar mi entendimiento, y alejar mi memoria de todas estas cosas.

Des.

(1) Lib. 3. Reg. cap. 18. v. 28.

(2) Psalm. 11. v. 2.

8 Desde hoy Señor, procuraré antes de decir Misa practicar la máxima que practicaba vuestro siervo el Venerable Padre Fray Luis de Granada, quien antes de decirla, no solo no escuchaba á quien le hablaba en negocios temporales; pero ni aun permitia le esperasen para tratar de ellos; para que el saber que le esperaban no le distrajese. Así me procuraré yo portar en adelante, empleando de mas á mas, como es debido, proporcionado tiempo en meditaciones devotas, reflexiones pias, y afectos fervorosos antes de llegar al sacrosanto Altar, para así conciliar la devocion, y recoger el pensamiento, á fin de celebrar con la mayor pureza, religion y culto de vuestra Magestad. Así lo propongo, &c.

PUNTO II.

Sobre la devocion, gravedad y puntualidad de ceremonias con que se debe decir la Santa Misa.

9 Considera, que como encarga el Sagrado Concilio Tridentino (1), debemos celebrar el Santo Sacrificio de la Misa con quanta pureza, honor, culto, reverencia y atencion sea posible á nuestra flaqueza, corroborada con la gracia, que (regularmente) se nos comunica en mas ó menos abundancia, segun que la preparacion con que llegamos, es mas ó menos congruente. De aquí es, que como dice el Venerable Padre Molina (2): aunque el Sacerdote tuviera tanta pureza y santidad como un serafin, si celebra los Sagrados Misterios sin atencion ni consideracion de lo que hace, con ánimo distraido, y pensamiento derramado en otras cosas, no celebra dig.

(1) Concil. Trident. Sess. 22. Decret. de observ. in celebrat. Missæ.

(2) P. Molina, de Sacerdotes.

dignamente. Ni aun basta poner tanta atencion al celebrar la Santa Misa, como la que seria suficiente para rezar el Oficio divino: porque así como este altísimo y tremendo Sacrificio excede á las Horas Canónicas notablemente, es congruente que sea mayor la atencion y devocion con que se celebra (1). Por tanto, debemos sin duda, si no hemos de incurrir en la maldicion que incurre quien hace las obras de Dios con negligencia, obrar en el Altar con la mayor pureza, santidad, temor, reverencia, gravedad, y puntual execucion de los sagrados ritos, que nos sea posible, si queremos participar de sus frutos abundantemente.

Así es claro debieramos siempre celebrar; ¿pero cómo he celebrado yo hasta hoy? ¿con qué pureza de conciencia? ¿con qué atencion? ¿qué devocion? ¿qué observancia de los sacros ritos? Oh, que solo en considerarlo así en confuso, me estremezco! Pues yo, ¡oh temeridad la mia! Con una reconciliacion de tarde en tarde, y muy superficial de mis defectos, me atrevia á llegar al sacrosanto Altar; y consiguientemente á esta disposicion, mejor diré indisposicion habitual, con que llegaba, obraba en él, como si executara alguna accion profana. Los Santos me gritan, que esté en el Altar lleno de temor, humildad y reverencia ante aquella Magestad Suprema, que los Angeles adoran en mis manos: y yo, ¡ay de mí! estaba en él, y aun tomaba la sacrosanta hostia consagrada con menos reverencia, que un seglar tiene un velo de caliz en la mano. Los doctores inculcan la atencion que debemos poner en lo que obramos y decimos en la Santa Misa: y yo, considerado Sacerdote, aun no atendia ni reparaba lo que recibia quando comulgaba. Los Cánones me advierten, que el Sacrificio de la Misa es el centro de nues-

(1) Navarro, tom. 2. de Orat. cap. 2.

nuestra Religion, y que, para que esta Religion se sensibilice, debe ser tan puntual la observancia de las santas ceremonias, que no puede haber omision de alguna, que no sea culpa, si una inadvertencia inculpable no la excusa: ¡y yo unas omitia, otras atropellaba, y otras hacia sin tiempo, sin concierto, sin gravedad!

11 En lo interior de mi alma obraba aun mas desconcertado: porque el entendimiento, obscurecido con las nieblas de la vanidad y la sensualidad, no entendia ni penetraba mas los altos misterios de la Misa, que si fuera un animal rudo. La voluntad apegada á la hacienda, á las amistades y aficiones de la tierra, aun no podia dexar levantar el corazon al Cielo, quando decia: *Sursum corda*. La memoria preocupada de las tumultuadas especies de mis inutiles ocupaciones, aun no se acordaba del mismo Hijo del Eterno Padre, que actualmente le estaba presentando en la sagrada Ara: y asi sacrificaba sin piedad, sin temor, sin reverencia, sin religion. ¡Oh, confusion mia! ¿Dónde tendria yo la Fé, quando asi obraba la accion mas sagrada de la Religion? ¡Ay sacrificios! ¡ay Misas tan mal dichas, por este indignísimo Ministro!

12 ¡Oh Dios mio, qué indulgente! ¡qué benigno! ¡qué paciente habeis sido con este Sacerdote indigno! ¡oh, y cómo por mí en particular parece decia San Chrysóstomo (1): *Si Christus nos attenderet, & non suam infinitam bonitatem, jam à nobis abstulisset sua Divina Sacramenta!* Bien merecia yo castigo tan severo: pues con tanta audacia, tanta irreverencia, y tan indignamente trato el supremo y mas excelente de los Sacramentos.

13 Mas, ¡oh, Señor, y Padre Eterno! ¿Qué sería de mí? ¿y aun qué sería de la Iglesia, si en casti-

(1) D. Chrysostom. Homil. 66. ad popul. (1)

tigo de la ingratitud, desatencion, y groseria con que los malos Sacerdotes como yo, tratamos á vuestro Hijo, nos privaseis de su presencia en el augusto Sacramento, y nos prohibieseis ofrecerle en el Santo Sacrificio de la Misa? ¡Ay de nosotros entonces infelices! ¿Con qué hostia aplacaríamos vuestra indignacion por nuestras culpas? ¿qué sacrificios ofreceríamos los Sacerdotes por los pecados de los pueblos? ¿con qué holocaustos contendríamos vuestra justicia? ¿y qué retribucion os volveríamos por vuestros mismos infinitos beneficios?

14 ¡Oh Señor y Padre de misericordia! mirad á vuestro mismo Hijo, que es el principal Sacrificante en el altar, y no me mireis á mí, ni á otros tan desatentos como yo, y con su vista contendreis vuestra justicia en vuestra misericordia. Dadme lugar á penitencia, que para satisfacer en algun modo de mi parte las injurias hechas hasta ahora á vuestro Hijo, en la irreverencia con que yo y otros le hemos tratado en el altar, propongo firmemente portarme en adelante en él con quanta religiosidad, atencion, devocion, pureza y perfeccion me sea posible, en la medida de gracia que me dispensareis. Tendré presentes los sagrados ritos, sin omitir la ceremonia mas pequeña; procurando executarlas todas con tanta gravedad, piedad y religion, que en mí y en mis oyentes concilie la devocion al Santo Sacrificio de la Misa. Para ello me figuraré al Angel de mi Guarda por Ministro, y avivaré mi fé con la memoria de la presencia de los otros Angeles que me circundan, venerando la persona de vuestro Hijo, presente en el Santísimo Sacramento, procurando imitarlos en la sumision y culto con que allí le adoran. 15 Virgen purísima, Reyna de los Angeles y Madre de los hombres, alcanzadme gracia para hacerlo asi, siquiera por lo que vos misma intere-
sais en que tratemos con veneracion á vuestro Hijo